



BATALLA DE LA CARBONERA.

CAPITULO XXXI.

Victoria de la Carbonera.

Aunque la batalla de Miahuatlán había hecho la lucha más favorable para el General Díaz y el ejército liberal de Oaxaca, la campaña que se llevaba á cabo desde hacía cerca de dos años, estaba aún lejos de terminarse; pues los imperialistas tenían todavía en el Estado numerosas y bien equipadas tropas, mandadas por excelentes generales y provistas con suficientes municiones de guerra. El General Bazaine seguía su táctica de castigar dura y sumariamente á las ciudades del Estado que se habían levantado contra la intervención, y estos métodos, sembraron el terror por todo el sur y oeste del país. No obstante lo cual, el espíritu de liberalismo continuaba aumentando, y numerosas partidas de guerrillas se habían lanzado á las montañas, desde donde continuamente acosaban á los imperialistas.

Después de la batalla de Miahuatlán, el General Díaz incorporó en sus fuerzas la mayor parte de los mexicanos que hasta entonces habían seguido á Orozco. Esta gente, y otras más que se agregaron, especialmente las fuerzas al mando de Figueroa, subieron su ejército á 1,500 hombres, lo cual lo colocaba en igualdad de circunstancias, en lo que á números concernía, con las fuerzas imperiales que se le podían oponer fuera de la ciudad de Oaxaca, ciudad á la cual había puesto sitio.

Pero tuvo noticia que una fuerza de 1,500 imperialistas, entre quienes había muchos austriacos, marchaban rápidamente, al mando del Coronel Hotse, al auxilio de Oaxaca. Como los imperialistas estaban

bien disciplinados y bien armados, y tenían cañones rayados de tipo mucho más moderno del que tenían los liberales; y como las fuerzas de Figueroa que se dirigían á Oaxaca á tomar parte en el sitio no habían llegado aún, y había mucho peligro de que se encontraran en su camino con el enemigo y fueran derrotados, el General Díaz en el acto decidió levantar temporalmente el sitio, tratar de reunirse con Figueroa y presentar batalla á los imperialistas.

Pero antes de abandonar Oaxaca, hizo todos los preparativos para asaltar la ciudad, y dió la noticia, como si fuera un gran secreto, que esa misma noche iba á atacar el fuerte de La Soledad. Naturalmente, la noticia del asalto que se intentaba sobre esta parte de la ciudad, circuló rápidamente por entre las tropas sitiadoras, y luego llegó á los imperialistas dentro de la ciudad. Esto era exactamente lo que el General Díaz deseaba. Pues mientras la ciudad de Oaxaca estaba haciendo toda clase de esfuerzos para rechazar el inminente ataque sobre el fuerte de La Soledad, el comandante en jefe de las fuerzas liberales daba sus órdenes para retirar, lo más silenciosamente que fuera posible, todas las tropas de las trincheras y de delante de los muros de la ciudad. Cuando estuvo esto terminado, se dió la orden de marcha; y en la oscuridad de una noche sin luna, Díaz, con sus fuerzas, se dirigió al encuentro de Figueroa, para ya con su auxilio dar batalla á los imperialistas que marchaban á defender á Oaxaca.

Fué la noche del 16 de Octubre cuando se levantó temporalmente el sitio de Oaxaca; y al día siguiente se reunieron las fuerzas de Díaz y Figueroa en San Juan del Estado. Aquí se permitió un momento de descanso á las dos divisiones del ejército. Entretanto, el General Díaz con su caballería marchó hácia Hacienda Blanca y destituyó al prefecto, quien tenía la reputación de ser decididamente imperialista, y á quien amenazó con fusilar en el acto. Con lo cual los

aterrorizados habitantes huyeron hácia Oaxaca, con la noticia de que los liberales estaban aún con toda su fuerza por los alrededores. Oronoz, temiendo caer en alguna emboscada, permaneció pasivo dentro de los muros de la ciudad, mientras que Díaz marchaba rápidamente al encuentro de las fuerzas imperialistas de Hotse, que se acercaban á la población. No fué sino más tarde cuando supo Oronoz, que las únicas fuerzas liberales que había en la vecindad de Oaxaca, en la tarde del 17, eran las de la caballería de Díaz; y que la amenaza de fusilar al prefecto de Hacienda Blanca fué simplemente un plan para hacer creer á Oronoz que el ejército liberal estaba aún por los alrededores; y que probablemente, no estaba sino aguardando una oportunidad favorable para atacarlo y derrotarlo, si intentaba salir de la ciudad.

Muy de mañana del 18, el ejército liberal comenzó su marcha hácia los cerros de La Carbonera, que se encontraban directamente en el camino que los imperialistas tenían que seguir para llegar á la ciudad sitiada.

A medio día llegaron á vista del campo de batalla, campo que aparentemente había sido elegido por ambas partes contendientes; pues ambas estaban informadas que marchaban al encuentro una de otra. Cuando las fuerzas liberales estaban como á tres millas del futuro campo de batalla, se informó al comandante en jefe que el enemigo se encontraba apenas á distancia de dos horas de marcha. Esto indicaba que las fuerzas contendientes estaban poco más ó menos á la misma distancia de La Carbonera. Inmediatamente el General Díaz dió órdenes de alijerar la marcha, con la mira de ser el primero en llegar á La Carbonera. Pero apenas había llegado al campo de batalla y había ascendido á la cima de uno de los cerros que dominan el camino por el cual tendrían que pasar los imperialistas, cuando éstos últimos aparecieron en una vuelta de la carretera, solamente como á media milla de distancia.

firmer en su puesto y rechazaron la caballería, la cual se encontró con un fuego tremendo de rifles y mosquetes, que sembró el terreno que pisaba de cadáveres de hombres y caballos; y cuando los jinetes imperialistas comenzaron á vacilar, la infantería liberal cargó sobre ellos y los arrojó monte abajo. De nuevo volvieron á la carga y de nuevo fueron rechazados. Cuatro cargas desafortunadas habían sido hechas de este modo sobre las posiciones liberales, cuando el General Díaz, colocándose á la cabeza de la infantería, de la caballería y de la reserva unidas, ordenó un ataque general sobre el enemigo que de nuevo avanzaba sobre sus posiciones. Como un torrente que se precipita de una montaña, descendió todo el ejército liberal, conducido por su comandante en jefe en persona, sobre los imperialistas que avanzaban, destrozándolos por completo al grito de "¡Viva nuestra Patria! ¡Viva la libertad de México!": el enemigo quedó barrido como por una tromba y sus dispersas columnas se lanzaron á los cuatro vientos.

La batalla había durado solamente cincuenta y cinco minutos; pero en ese corto tiempo los indios de los montes de Oaxaca, harapientos, medio vestidos, medio disciplinados y sin uniforme que ostentar, habían humillado el orgullo de la caballería austriaca y quebrantado completamente el poder del imperio en el sur.

Entre los que huyeron precipitadamente del campo de batalla, perseguidos muy de cerca por la vengadora caballería liberal, estaban Trujeque, quien parecía predestinado á encontrarse siempre con la derrota de manos de Díaz, Carrillo, Flon, Hotse y el temible Franco, cuyo solo nombre había sembrado el terror por todo el sur de México. La victoria fué completa, incontestable; y la persecución de los derrotados imperialistas, continuó hasta el anochecer y se llevó hasta una distancia de 15 millas del campo de batalla. Por todo el camino dejaron regado, artillería, vagones de munición, armamentos de todas clases, muertos, heridos y prisioneros.

Un inventario hecho el siguiente día mostró, que los despojos de guerra de la batalla de La Carbonera, consistieron en: 416 prisioneros, principalmente austriacos, cuatro cañones rayados, 300 cajas de granadas y metralla, 700 carabinas y rifles, gran cantidad de parque, trenes de mulas y otros efectos de guerra.

La victoria de La Carbonera aseguró la caída de la ciudad de Oaxaca; pues el lugar no estaba en circunstancias de poder sostener un sitio largo, y la esperanza de auxilio de fuera, había sido destruida de un solo golpe por las fuerzas combinadas de Díaz y Figueroa.